

13. El adentro sin afuera: las redes informáticas y el control de la población

Christian Ferrer

I

Todavía es posible recordar, y sin recurrir a libros de historia, que en los inicios de Internet mucha gente creía que el cielo había bajado a la Tierra. Se trataba de un cielo técnicamente sustentable, y con el tiempo hasta se habilitaron nubes personalizadas. Ahora cada cual, con una computadora y un módem, podía transformarse en piloto de vuelo. Los más entusiastas consideraban la red informática mundial una utopía política realmente existente, una zona autónoma que, por su propia esencia, estaría siempre a salvo de censuras y restricciones. Más aún, su almacén en forma de red era postulada como alternativa a la figura de la pirámide, que desde tiempos antiguos formatea nuestra imaginación política. Si los atributos de la pirámide eran la verticalidad, el ascenso instituyente y la separación entre los pocos que cabían en la cima y los muchos que la habían erigido y adoraban, Internet quedaba asociada a la flexibilidad, el pluralismo, la transparencia y la cooperación.

¿Cómo no iban a entusiasmarse los adalides de la libertad de expresión y las minorías que pugnaban por amplificar su mensaje, y también los anarquistas, que la tenían por territorio fuera del alcance del Estado? Eran cantos a la libertad eléctrica, y comprensibles, pues Internet irrumpió en un tiempo propicio. Los regímenes soviéticos se desvanecían, terminaba la Guerra Fría y proliferaban las consignas ilusionadas de la globalización. La cuestión es que Internet se expandió de súbito, como una supernova, y los usuarios comenzaron a contarse por decenas y centenas de millones, pero inevitablemente también se filtraron allí el dinero en grande y los servicios de inteligencia de todo tipo. Ocurre que

las torres de vigilancia no desaparecen, adquieren otros formatos; por ejemplo, el de la cámara de vigilancia o el de un teléfono rastreable las 24 horas del día. Esto se hizo mucho más evidente luego de los hechos sucedidos en los Estados Unidos en septiembre de 2001, cuando la vigilancia y el control se volvieron un imperativo categórico de alcance global.

II

Durante miles de años, de las personas que carecían de importancia social no se conservaron demasiados registros, si es que se conservó alguno. Esclavos, campesinos, comerciantes, gente de a bordo y tantos otros pasaron por esta tierra sin que quedaran rastros de sus nombres y existencias. Carecieron de posteridad. Si por alguna razón aparecen en documentos, casi siempre es por haber tenido un serio encontronazo con las autoridades. En cambio, de las aristocracias que gobernaron pequeñas o grandes regiones, de sus ministros, sus comerciantes más dinámicos y su personal letrado disponemos de datos y relatos. Sabemos de sus hazañas, de sus títulos nobiliarios, su abolengo, sus personalidades y hasta de sus amantes. Esta situación se ha invertido en nuestros días, cuando parecería que hasta el último ciruja, indocumentado o persona en fuga deja alguna huella en Internet. Pues esta es la cuestión: toda actividad informática deja un rastro identificable. Basta pulsar una tecla y ya tenemos el equivalente de la huella digital. Los usuarios más o menos lo barruntan, pero los servicios de seguridad lo saben con certeza.

Es sabido que los datos, hoy, valen oro. De hecho, son mercancía en sí misma. En verdad, los datos precisos siempre fueron información valiosa, tanto para gobernantes y mercaderes como para señores de la guerra, pero su acopio en cantidades masivas y de incumbencia de personas comunes y corrientes es un fenómeno moderno. Antecede incluso a Internet. ¿Cuándo comenzó este proceso? En el siglo XIX, con la aparición de burocracias estatales especializadas en el manejo e interpretación de estadísticas. Si un Estado debe administrar almas, territorios y riquezas, entonces ne-

cesita de expertos que puedan inventariarlos y clasificarlos, tanto como organizar un saber sobre los hábitos y regularidades de los gobernados, sobre todo cuando las poblaciones están mezcladas y en cierto sentido se han vuelto desconocidas. Es el caso de las metrópolis modernas, a la vez selva de símbolos y mercado anárquico de personalidades, y también el de Internet, donde arroja-mos opiniones e imágenes que son procesadas de inmediato por máquinas y supervisores de los que apenas tenemos noticia.

Si la fotografía y la huella dactilar supusieron saltos cualitativos en la historia del control social, las estadísticas posibilitaron organizar un conocimiento sobre la población a una escala hasta ese momento no intentada. Tal voluntad de clasificación de conductas se legitimaba por su objetivo, el de resolver problemas demográficos o mantener la estabilidad social, pero solapaba su más implícita intención de determinar la peligrosidad de sectores sociales específicos, puesto que las estadísticas no solo determinan una preferencia, también deslindan lo normal de lo patológico. Para proceder a desglosar lo aceptable de lo inaceptable todo poder necesita abrir una "visibilidad" en masas humanas en continuo desplazamiento. La paradoja es que ese saber se extrae a sujetos libres y a quienes la época moderna prometió autodeterminación sin dejar de insertarlos en circuitos institucionales, laborales y hogareños que requerían comportamientos automáticos.

Esa paradoja puede ser planteada así: a mayor indeterminismo en una sociedad dada, mayor es la necesidad de control, en el supuesto de que a la realidad se la pueda apresar numéricamente. Y los algoritmos, en la red informática, de hecho procuran ampliar el campo de observación de un poder. Por decirlo así, son "aumentadores": lupas gigantes. Entonces, a medida que aumentan las actividades comunicativas de la población, más extendida y afinada ha de ser la red que recolecta información útil o comprometedora. El algoritmo funciona a modo de tela de araña. En cuanto a lo potencialmente peligroso que hubiera en los datos y opiniones que dejamos en las redes sociales, conviene saber que un poder no persigue todos los delitos o creencias, sea porque no puede o porque no le es rentable hacerlo; pero cuando lo hace, cuando detecta un riesgo de seguridad, entonces muerde al in-

fractor hasta el hueso, para que opere a modo de "caso testigo". Eso pone "en línea" a los demás.

III

Es comprensible que el comercio en gran escala o los servicios de inteligencia se interesen por nuestros datos. Menos comprensible es que los ofrezcamos de forma abierta, como si fuéramos delatores de nosotros mismos. Nadie sabe si en un futuro más próximo o más lejano las convicciones o las trivialidades que hacemos circular no serán usadas en contra nuestra. ¿Por qué entonces entregamos datos de manera voluntaria? Es difícil no hacerlo cuando el mundo atraviesa las paredes con tanta facilidad. Por la misma razón, la intimidad está para ser expuesta, como cualquier otra mercancía, si es que uno pretende seguir existiendo. La consecuencia es que el personal a cargo de la vigilancia ya no necesita recopilar lenta y trabajosamente los datos necesarios. Son absorbidos en un instante de nuestro propio activismo informático, que a la vez es impulsado por una voluntad de autoengaño con respecto al aislamiento personal. De manera inevitable, los beneficios de apuntalar el narcisismo en las redes son valuados como superiores al control que pudiera ejercerse sobre nuestras vidas. Narciso, en el mito griego, tenía una preferencia exagerada por el espejo, y nosotros no queremos ser menos que él. Como el usuario de redes sociales teme volverse un ausente, un ser efímero, orienta sus ojos hacia donde todos miran, y además se publicita. ¿Qué otra cosa es posible sino "actualizarse" en un mundo que diferencia socialmente a las personas de acuerdo con su apariencia de juventud y belleza, lo que suele llamarse su "capital erótico"?

Lo cierto es que los sistemas de control se han vuelto dúctiles y ubicuos, y nos pasan inadvertidos, si es que no se presentan con rostro de fascismo simpático, con sonrisa de publicidad bancaria. ¿Cómo no entregarles entonces datos sobre hábitos de vida y constantes afectivas? Las empresas, y algunas leyes, nos aseguran que nuestra información está protegida, pero sabemos que eso no es verdad. Los datos son traficados. Y aunque multipliquemos las

contraseñas o blindemos lo más posible los artefactos de comunicación, se trata de empalizadas frágiles, fácilmente vulnerables. La gran mayoría de los usuarios no son criptógrafos: están desprotegidos. Si uno deja abiertas las puertas de su casa, los intrusos ingresan, y suelen hacerlo por la puerta trasera, con permiso judicial o sin él, si es que esto aún fuera relevante. Es lo malo de acostumbrarse a una pantalla que es cambiante, colorida y fascinante, pero que por detrás tiene cables. Por los cables salen los datos, por los cables ingresan, y a medida que una persona actualiza su estado, también lo hace su eventual ficha policial tanto como su identikit de consumidor. La secuela de todo esto es que, en un futuro próximo, esconderse va a ser una tarea muy difícil.

IV

Desde que hemos aceptado que una de nuestras misiones en el mundo es la de ser emisores de información, vivir desconectados no es una opción. Justamente, la autocomprensión de nosotros mismos en cuanto emisores mantiene en órbita cotidiana a las redes sociales. En este sentido, Internet no tiene límites, se nutre del apremio a exponer, o bien confesar, qué es lo que hacemos o estamos pensando. La frase de cabecera con que nos interpela Facebook para que escribamos algo en los muros personales –“¿Qué estás pensando?”– podría haberla pronunciado un inquisidor, un fiscal o un confesor. Es la interpelación característica del interrogatorio policial, si bien implícito, porque uno puede ser culpable, cuanto menos sospechoso, sin siquiera saberlo, como sucede en alguna novela de Franz Kafka, y lo kafkiano significa esto: que el doblez de todo poder es la pesadilla. Lo cierto es que el empeño puesto en exponer la propia vida al escrutinio público ayuda mucho a quien procura saber algo de nosotros. Pero si vivimos en conexión continua, no es solo por compulsión insaciable: somos compelidos a ello porque buena parte de nuestras tareas cotidianas no podrían realizarse de otra manera. Se está habituado a las redes sociales no porque uno sea un habitué, sino porque le ha sido inculcado un hábito. Los niños ya nacen con una tableta bajo el brazo.

Ahora bien, fijar la vista en una pantalla de computadora o de teléfono celular no es un acto inocente, como no lo era consumir horas y horas de televisión o prestar atención a revistas ilustradas y afiches callejeros de publicidades en el siglo XIX. La economía del consumo del capitalismo siempre requirió una focalización de la atención visual, y esto vale también para los emblemas y ceremonias de los poderosos. Para que una sociedad de consumo se despliegue, las actitudes del consumidor deben adecuarse a una pasarela de nuevas ofertas. De allí que entregar datos personales sobre creencias, afectos y preferencias a corporaciones y servicios de inteligencia significa otorgarles poder. Un solo dato no significa mucho, pero conjuntos inmensos de datos combinados son un tesoro. Les permite direccionar las energías emotivas de los usuarios. Todo —expresiones faciales, frecuencias de uso, búsquedas en la red, incluso los desplazamientos del *mouse*— es deglutido y procesado por sistemas de análisis de las emociones. Se trata de un salto cualitativo en la historia del estudio del comportamiento, con el objetivo de predecir el pensamiento o bien el de inducirlo a rectificar decisiones. Es lo que solía llamarse “sugestión de masas”.



La televisión envidiosa de Instagram / Juvenilismo: dícese de la obligación social de asumir apariencia adolescente desde los 12 hasta los 82 años de edad. Imagen del autor.

Si fuera cierto que estamos rodeados de máquinas de producir "realidades simuladas", y que estas realidades tienen solo funciones operativas, entonces la diferencia entre verdad y falsedad carecería de relevancia, y tampoco se podría discernir lo bueno de lo malo, opuestos que retroceden a medida que se desorganizan los soportes de construcción subjetiva propios de la cultura letrada. Así las cosas, estaríamos condenados al ejercicio constante de juzgar simulaciones bien producidas o simulaciones mal producidas, y para hacerlo nuestros juicios no atenderían a moral alguna, sino a criterios estéticos. Serían los criterios estéticos del "me gusta" y del "no me gusta", y entonces aplaudiríamos lo que nos complace y sancionaríamos o eliminaríamos todo aquello que no confirme nuestra realidad simulada favorita. Esto significa que lo que antes era política o existencialmente imposible, se está volviendo ahora impensable.

V ¿Pero qué cosa es Internet? Es muchas cosas a la vez. Aquí nos concierne su lado "oscuro", desdoblado en dos fases simultáneas. Una que remite a la gestión y el control de poblaciones. La otra es la que, de manera creciente, da forma a un "adentro sin afuera", adonde confluyen nuestras actividades laborales, comunicacionales y de entretenimiento. De modo que Internet es la máquina que se adecua a la era de la vigilancia instantánea de masas como también la megamáquina que gatilla la "reacción en cadena" de millones de emisores que a la vez se desacostumbraron a otros usos del tiempo y de la conversación, y que tampoco imaginan alternativas más amenas y divertidas. Ese "adentro sin afuera" opaca la predisposición observacional que podría darse a otros "atractores" posibles para la vista. Y si bien se propugna que en Internet hay escenas de contraataque y también refugios clandestinos, incluso canales de fuga, muchos de esos conductos reconducen al lugar de partida. A veces se trata de visitas a parques temáticos de la rebeldía. En suma, Internet es una voluntad de voluntad cuyo destino parece ser volverse el motor exclusivo de la movilización total del mundo.

¿Qué rol desempeñan los servicios de inteligencia, estatales, paraestatales, privados o en mancomunidad unos con otros? Se ocupan de recolectar lo que podría llamarse "el brotar del inconsciente" de los usuarios, lo que antes el pudor o la prudencia hubieran mantenido en estado de "inconfesable", o bien ponderan y cuantifican la potencial peligrosidad de algunos emergentes del malestar social. En todo caso, el objetivo de todo sistema de control es regir sobre la mente y la conducta, cuanto menos ejercer una persuasión. No por nada las neurociencias, incluyendo el neuromárketing, son disciplinas en auge. Sin embargo, no se trata de que los robots vayan a dominar el mundo, como creen los alarmistas, sino, más sencillo, de que existen microminorías todopoderosas que usan las máquinas para dominar y extraer lucro del trabajo y las actividades del resto de la población, y por ello la información se ha ido volviendo un activo estratégico de primer orden. No es la tecnología la raíz del problema, sino una cultura que adora el poder y la codicia.

¿Qué más es Internet? Es una biblioteca de gran porte, y un gran cerebro interconectado. Es también una fantasmagoría del capitalismo, un propulsor de ensueños necesario para modelar afectividades que puedan acoplársele. Y es una feria de diversiones o circo romano abierto las 24 horas del día, cuya función es amortiguar la necesidad humana de consuelo. Y es un esférico campo de entrenamiento para la subjetividad, tanto como las galerías de compras, los estadios, las exposiciones universales de productos e ingenios industriales o las salas de cine lo fueron para una etapa anterior. Pero también es el lugar que condensa y vehiculiza todo tipo de psicopatologías. Los usuarios, como si fueran maníacos, saltan de la psicodelia a la violencia. En la red abundan los juicios sumarios y las ejecuciones inmediatas, o bien se innova en el arte de la injuria. Dado que el combate es a distancia, se lucha con armas arrojadas. En todo caso, también la imprenta, en su momento, posibilitó que se lanzaran al mundo cargamentos explosivos de odio. La alfabetización masiva sirvió para que se leyeran las primeras letras y los diccionarios, pero también los pasquines de fanáticos.

O acaso Internet sea una gran ubre maternal y nutritiva, pues cuando se corta la luz en una sección de la ciudad las personas


de repente se descubren huérfanas. O bien todavía es demasiado temprano para saber qué es, hacia dónde y cómo evolucionará. También la televisión, en sus inicios, era excitante y se decía que incluso pedagógica. La pregunta quizás no sea qué cosa es, sino cuáles decisiones económicas, políticas, existenciales y tecnológicas fue necesario tomar, mucho tiempo atrás, para que un día una persona se sentara frente a una pantalla y sintiera que había más "realidad" allí que en un afuera de ella. O sea que el nacimiento de la televisión o de Internet no se corresponde con su fecha de invención y lanzamiento al mercado. Para que una tecnología sea aceptada, primero es preciso predisponer a la población por medio de una preparación cultural, lo que los historiadores llaman "una larga duración".

VI

Aunque pueda resultarnos curioso, hasta la mitad del siglo XIX el envío de un mensaje era más rápido en África que en Europa, merced al sistema de códigos transmitido por tambores, más veloz que cualquier mensajero subido a un caballo. La invención del telégrafo lo cambió todo, y mucho más cuando se tendieron cableados en el fondo de todos los mares. Para fines del siglo XIX, una red de cables subacuáticos de propiedad exclusivamente británica unía todas las regiones del mundo. En 1894, en una demostración de eficacia y poder, el rey de Inglaterra -Jorge V- se envió un telegrama a sí mismo que dio la vuelta al mundo. Tardó 7 segundos. Por la época, un telegrama mandado desde Europa llegaba a la Argentina en 50 segundos. Eso es menos que un minuto, un tiempo equivalente al de Internet hoy. O sea que la red informática mundial no es la primera máquina de interconexión global que ha existido.

Pero el cable submarino también le concedió una ventaja casi decisiva a Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial, no menos que una interrelación inmediata con las policías y consulados de todos los gobiernos, con rápidos intercambios de información acerca de sindicalistas, anarquistas y otras personas

consideradas peligrosas; es decir, de sus prontuarios, desplazamientos, embarques o desembarques. ¿No sucede hoy lo mismo en Internet? Dado que la actividad informática es rutinaria, también lo es su doblez, el escrutinio rotativo. El habitante pasa a ser un blanco móvil, enfocado por sucesivas cámaras “de seguridad” o rastreado en las redes sociales por causa de su propia e incesante actividad comunicativa. De una forma irónica, se cumple el deseo de Anastás Mikoyán, quien fue el vicepresidente de la desaparecida Unión Soviética, cuando pidió a los habitantes de su país que fueran “uno y cada uno, auxiliares de la policía secreta”.



Un vagón de tren puede acarrear pasajeros o material de guerra; un telegrama, enviar un saludo de cumpleaños o una declaración de hostilidades; un cableado óptico, transportar mensajes de Twitter o un virus que destruya todas las computadoras del enemigo. No hay usos buenos y usos malos de las tecnologías, pero sí redes institucionales en las que están insertas, y fuerzas políticas y económicas que administran el organigrama. En todo caso, las tecnologías están cambiando todo el tiempo, pero también lo hacen las definiciones del tipo de ser humano que es adaptable a ellas, y del que no lo es. Esa es nuestra situación. Tampoco es prudente, en cuestiones de vigilancia y control, diferenciar de forma excesiva entre regímenes democráticos y autocráticos. Ninguno se priva de husmear los quehaceres de la población. Considérese además la ampliación del campo de acción de los servicios de inteligencia desde el momento en que es posible hacerlo con programas informáticos: supone un notable abaratamiento presupuestario. Antes, para seguir a una persona había que disponer de automóviles, personal a cargo del caso, intervención de teléfonos, etc. No por nada, y con algo de sabiduría antigua, los chinos conservan una división de ejército de entrenamiento de palomas mensajeras. Son aves que vuelan lejos de las redes informáticas.

VII

La guerra cibernética, hasta hace unas décadas una hipótesis de ciencia ficción, es una realidad, incluso cosa de todos los días. En Internet proliferan las avanzadillas militares y es lugar donde se está redefiniendo el futuro de las sempiternas hostilidades. Una red informática puede ser un cañón de disparo; la información, un proyectil; un *hacker*, un doble agente, y un programa de computación, devenir en lo que hoy es llamado *ciberarmamento*. Las naciones de peso disponen de divisiones especializadas en guerra cibernética, porque no tenerlas implica estar indefensos, tal como ocurrió en África, a fines del siglo XIX, cuando se quisieron repeler las invasiones europeas con mosquetes a chispa, ineficaces ante ametralladoras portátiles que disparaban hasta 600 balas por minuto. Desde siempre la innovación tecnológica posibilita, a quien disponga de ella, una ventaja estratégica, al menos por un tiempo.

Muchos recursos logísticos de la guerra en las redes no son una novedad. Su uso ha sido habitual a lo largo del siglo XX. La propaganda y la desinformación, la interferencia ideológica en la psicología de las masas, el desciframiento de códigos de mensajes, el espionaje y robo de información, el involucramiento en comicios electorales de otra nación, la puesta en circulación de noticias falsas, la debacle de la cadena de comunicaciones de un adversario por medio de virus informáticos son procedimientos tradicionales para descalabrar a un enemigo, hasta rendirlo, pues informar significa dar forma y desinformar, forzar al otro a equivocarse, y tales recursos corren paralelos a la sensación difusa pero activa e intensa de una supuesta o real amenaza "externa" que facilita y legitima el monitoreo masivo de la propia población. Sin embargo, hay algo novedoso en la guerra cibernética, y es la posibilidad de que un programa informático actúe igual que un misil exterminador. Quizás el momento en que hubo un antes y un después fue el año 2010, cuando un virus creado por el ejército estadounidense llamado Stuxnet fue introducido en una planta nuclear iraní -Natanz-, para que mil máquinas centrifugadoras de uranio se autodestruyeran. El ciberarmamento puede lograr, entonces,

que las redes informáticas de una nación atacada se transformen en pandemonio.

El equivalente de la belicosidad cibernética es la eliminación selectiva de enemigos. Para eso bastan un avión no tripulado, una videocámara de altísima resolución y un operador sentado frente a su computadora a miles de kilómetros de su objetivo. Ya se sabe que en un futuro próximo habrá balas "inteligentes" capaces de curvar su trayectoria para evadir obstáculos hasta clavarse en su objetivo. También, que los drones y las bombas tendrán la forma de un insecto y que su potencial destructivo será inversamente proporcional a su tamaño. La guerra ya es asunto de pantallas, y ha de haber un vínculo desagradable de imaginar entre la eliminación de enemigos a larga distancia y la supresión de contactos en las redes sociales. Tan solo haciendo un clic una persona puede ser borrada tanto del mundo digital como de este valle de lágrimas. Si un hombre o mujer ejecuta una orden de muerte pulsando un botón a 10 000 kilómetros de distancia y luego se va a comer pizza en un lugar al paso, ¿implica esto alguna actualización de la banalidad del mal? ¿Todavía tiene sentido hacerse esta pregunta? A la mayor parte de la población no le interesa si se está bombardeando un remoto poblado de Somalia, Siria o Afganistán. Apoyan a sus gobiernos. Lo cierto es que la guerra, cuanto menos las operaciones selectivas o encubiertas, son necesarias para probar la eficacia de nuevos armamentos, si es que todavía cabe hacer diferencias entre el estado de guerra y el de paz.

VIII

La palabra "panóptico", tan difundida –y abusada– en la Argentina a partir de la obra de Michel Foucault, significa "muchos ojos". En el origen de esta palabra hay una fábula didáctica, que concierne a un dios y al pavo real. "Panóptico" hace referencia a Argos Panoptes, el dios griego de la vigilancia. Se lo representaba como un gigante al que le supuraban ojos en todo el cuerpo. Tenía cien ojos, aunque hay quien dice que tenía mil. La mitad de ellos estaban ubicados de frente, la otra mitad en las espaldas.

Cuando dormía, lo hacía con un solo párpado entornado, en tanto los 99 ojos restantes seguían despiertos y avizores. Los dioses lo requerían para vigilarse unos a los otros o para custodiar ciertos lugares. Pero Panoptes no tuvo larga vida; fue asesinado por el dios Mercurio, siguiendo órdenes de Zeus. Primero lo adormiló con el sonido de su flauta, y como los oídos no se clausuran jamás, Panoptes se durmió y Mercurio le aplastó la cabeza con una roca. Al momento de su muerte, Panoptes estaba cumpliendo una misión encomendada por la diosa Hera, quien recogió los cien ojos del fallecido y los llevó al Olimpo; allí se los colocó al pavo real, ave que hasta ese momento carecía de irisados ojazos en su cola, para que, cuando la abriera, todos los dioses quedaran fascinados y no pudieran dejar de mirarlo y venerarlo. ¿Por qué nosotros no vemos los ojos de Internet? Porque nuestra atención visual y mental se dirige a la pantalla, no al sistema informático subyacente. Téngase en cuenta que el pavo real, cuando abre su cola en abanico, se transfigura en animal deslumbrante, incluso nos encandila, pero quien se coloque a sus espaldas y mire su cola por detrás, descubrirá que es bastante fea.